

ARQUEO MEDITERRÀNIA
9/2006

**De les comunitats locals als estats arcaics:
la formació de les societats complexes a la costa
del Mediterrani occidental**

Homenatge a Miquel Cura

Actes de la III Reunió Internacional d'Arqueologia de Calafell
(Calafell, 25 al 27 de novembre de 2004)

Maria Carme Belarte (ICREA/ICAC)
Joan Sanmartí (UB)
(editors científics)

ÀREA D'ARQUEOLOGIA - UNIVERSITAT DE BARCELONA
INSTITUT CATALÀ D'ARQUEOLOGIA CLÀSSICA

Lengua vs. cultura material: el (viejo) problema de la lengua indígena de Catalunya

J.Velaza*

1. El problema

Hace ya tres decenios que un filólogo, Pere Pericay, y un arqueólogo, Joan Maluquer de Motes, planteaban en un trabajo conjunto una cuestión de la mayor importancia y que todavía hoy permanece irresuelta:

“Existe un problema fundamental cuya solución hoy por hoy no se vislumbra. Los lingüistas (...) generalmente insisten en que existe una unidad lingüística en determinado momento desde la cabecera del Guadalquivir hasta más allá del Pirineo. Pero desde el punto de vista cultural los hechos no están tan claros. En primer lugar, la cultura ibérica catalana no es la misma que la ibérica de los territorios del Levante y del Sudeste, y en segundo lugar, en Cataluña existe un substrato macizo de tipo europeo en la primera Edad del Hierro que se continúa en el Bajo Aragón, pero que falta totalmente o sólo presenta débiles indicios en el Levante y Sudeste (...) Si la lengua ibérica, como quieren los lingüistas, es de tipo no indoeuropeo, no se explica de modo claro que tal lengua fuera la de la población catalana en el siglo V como herencia de unas poblaciones substancialmente europeas” (Pericay, Maluquer, 1963, 105-106).

En efecto, la mayor parte de los lingüistas, basándose en las evidencias epigráficas, identifica un territorio de la lengua ibérica que va desde el río Hérault hasta la provincia de Almería. Aunque el conocimiento de la lengua ibérica es todavía muy deficitario, parece incuestionable que, al menos en determinado momento, esa lengua estuvo en uso –y después discutiremos en qué tipo de uso– en dicho territorio desde las postrimerías del siglo V a.C. hasta, en algunos casos, la época de Augusto y aún más tarde. Pero esta constatación parece entrar en contradicción con las fuentes literarias, que testimonian la existencia de pue-

* Este trabajo se ha beneficiado de una Distinción de la Generalitat de Catalunya para la Promoción de la Investigación Universitaria (4ª edición), de una Ayuda del mismo Organismo para la Creación de Redes Temáticas (2004 XT 00002) y se inscribe en el Grupo Consolidado LITTERA (2005SGR) y en el Proyecto “Escritura, cultura y sociedad en el *conventus Caesaraugustanus*: edición y estudio del CIL II2/12” (HUM2004-00735).

blos diferentes en la zona y, sobre todo, con las evidencias arqueológicas, que aseguran, por un lado, diferencias en la cultura material de los pueblos mencionados y, por otro, una fuerte presencia de los elementos culturales de los campos de urnas, evidentemente europeos, en el mismo territorio de documentación de la lengua ibérica que, como sabemos, no es una lengua indoeuropea.

He aquí, en pocas palabras, la cuestión fundamental. Desde su planteamiento, arqueólogos y lingüistas, casi siempre de manera independiente, rara vez en coalición, han intentado conjugar los datos de una manera coherente y han propuesto hipótesis diversas. En un coloquio celebrado en 1989 y que había sido precisamente concebido para sentar en la misma mesa a arqueólogos, lingüistas e historiadores con el fin de que contrastaran los datos y las hipótesis extraíbles de cada una de sus disciplinas, Miquel Tarradell señalaba uno de los males aparentemente endémicos de este tipo de estudio:

“Des del principi que ens plantegem els temes que ara toquem aquí, hi ha un fenomen que és que com tant els que treballen des de l'angle de la llengua –filòlegs, lingüistes–, com els que treballen del cantó de l'arqueologia, cadascun d'ells es troba amb un material molt escàs i molt pobre, que vulgui ajudar-se de les teories del veí i, aleshores, fem una mena de partit de ping-pong, i ens anem passant les pilotes”

A continuación haremos un repaso de las hipótesis más divulgadas y analizaremos brevemente sus argumentos y sus problemas.

2. Las hipótesis

Hace ya más de cuarenta años que Jürgen Untermann, patriarca de los estudios paleohispanísticos, postuló su célebre mapa de las áreas lingüísticas de la Península Ibérica (Untermann 1961). Para elaborarlo, se sirvió de dos criterios básicos: en primer lugar, de las diferentes áreas epigráficas peninsulares, a saber, la ibérica y la vasconica de un lado, ambas indudablemente no indoeuropeas, y de otro lado la celtibérica, la lusitana y la tartésica, las dos primeras indoeuropeas con seguridad, la tercera muy enigmática pero quizás también, a su juicio. El segundo criterio fue el cartografiado

de los topónimos antiguos formados con los elementos *-briga* e *-ilti*, cuya distribución vendría a marcar la dicotomía entre la Hispania indoeuropea y la no indoeuropea. El mapa, que a día de hoy Untermann sigue defendiendo en sus términos generales, supone una consideración homogénea del territorio lingüístico ibérico, que vendría así a coincidir casi exactamente con su territorio epigráfico.

En su trabajo antes citado, Pericay y Maluquer toman como punto de partida la aparente contradicción entre la cultura material y la lengua documentadas en el territorio catalán. Y añaden algunos elementos que, a su juicio, pueden romper la imagen lingüísticamente monolítica de ese ámbito. En concreto, señalan los siguientes:

- La presencia en la toponimia catalana de elementos en *-dunum* y *-briga*.
- La sonorización de las sordas intervocálicas en catalán, hecho lingüístico que se considera tradicionalmente vinculado a áreas de lengua indoeuropea (la lenición céltica).
- El elemento *sosin*, bien documentado en la Galia.
- Elementos como *neitin* (incorrectamente relacionado con el dios galo *Netos*), *boutintibas*, *sikounin*.
- La interpretación de la pátera de Tivissa como texto indoeuropeo.

Y a ellos añaden, en lo que constituye una parte sustancial de su estudio, una interpretación como indoeuropeo del texto del *rhyton* de Ullastret.

Como puede intuirse, bajo el esfuerzo de Pericay y Maluquer subyace una especie de necesidad de probar que, si la cultura material catalana del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro es esencialmente de tipo europeo, algún rasgo lingüístico ha debido quedar de ese estrato, en la forma de un topónimo o de un fenómeno fonético de sustrato, y alguna de las inscripciones que se nos han conservado debe contener un texto no en lengua ibérica sino en una lengua indoeuropea. Por cuanto sabemos hoy, los textos de la pátera de Tivissa y del *rhyton* de Ullastret son plenamente ibéricos, y lo mismo sucede con nombres como *neitin*, *boutintibas* o *sikounin*. Por lo demás, la sonorización de las oclusivas no parece ya un fenómeno achacable indefectiblemente a un sustrato indoeuropeo y, por lo que respecta a los topónimos, se trata de elementos cuya utilización en este tipo de debate debe tomarse, a nuestro modo de ver y como se dirá luego más por extenso, con escrupulosa prudencia. De forma que, tal y como hoy podemos interpretar los hechos, los presuntos elementos no ibéricos aducidos por Pericay y Maluquer no son en absoluto probantes.

Otro ilustre especialista en las lenguas antiguas de la Península, Antonio Tovar, escribía en las postrimerías de su vida lo siguiente:

“(…) Yo creo que las fuertes invasiones celtas, que son de fechas muy altas –siglos IX-VII–, fueran de celtas o fueran de pueblos afines indoeuropeos, cedieron ante lo que se puede llamar “reacción ibérica”. Las inscripciones indígenas de Cataluña son ibéricas y en lo que se puede

afirmar de una lengua no descifrada, parecen idénticas a las de todo el país ibérico, desde Ensérune a Almería”

Su postura, como puede verse, busca un compromiso entre lo que él llamaba todavía “invasiones celtas” y databa en “fechas muy altas”, entendiéndolo por tales los siglos IX-VII a.C., y la homogeneidad de los documentos epigráficos ibéricos. A su juicio, existiría una supuesta “reacción ibérica” que, por lo que podemos juzgar, se limitaría al terreno de lo lingüístico y no alcanzaría, claro está, ni al terreno de la cultura material, ni al del urbanismo, ni al de las prácticas funerarias. Las hipótesis que podríamos llamar “unitaristas”, tanto la de Tovar como la de Untermann, y que, de una manera o de otra, defienden que el territorio de la lengua ibérica coincide plenamente con el de las inscripciones ibéricas, chocan en todo caso con una evidencia que adelantamos ya aunque intentaremos demostrar más adelante, a saber, que tal y como se nos presenta ya desde los textos más antiguos, la lengua ibérica parece ser muy homogénea, tanto a nivel gramatical como onomástico. Y, si la lengua ibérica ocupaba ya ese extenso territorio desde antes de la llegada de los Campos de Urnas, es decir, desde el s. XII a.C. cuando menos, lo que parece increíble es que no hubiera sufrido a lo largo de esos siete siglos un proceso de dialectalización mucho más acusado de lo que las evidencias parecen mostrar. Si consideramos, por ejemplo, lo que sucedió en un periodo cronológico equivalente con el vasco, que experimentó una divergencia dialectal acusadísima, o con el propio latín, que desde la caída del Imperio tardó menos de siete siglos en derivar en las lenguas romances, que una lengua como el ibérico se mantuviera tan homogénea durante tanto tiempo, no estando, como no estaba, vinculada a un poder político aglutinador, no dejaría de constituir un fenómeno sorprendente.

Las palabras de Tovar, escritas en 1989, contrastan en gran medida con la hipótesis que otro insigne estudioso, Javier de Hoz, hacía pública ese mismo año en el Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas celebrado en Colonia (De Hoz 1993). Como síntesis de su propuesta pueden servir los siguientes párrafos:

“Los argumentos que preceden permiten a mi modo de ver hacer una afirmación y sentar una posibilidad. Podemos afirmar por razones históricas que la lengua ibérica era una lengua vehicular, utilizada como lengua escrita –como lengua hablada no estamos en condiciones de afirmar nada, pero probablemente existiría un cierto paralelismo– dentro de unos límites mucho más amplios que los del territorio de sus hablantes propiamente dichos”

“Sumando los diversos indicios me atrevería a proponer la siguiente hipótesis de trabajo: los griegos establecieron una relación económica privilegiada con una de las comunidades indígenas con las que entraron en contacto en la Península, probablemente porque esa comunidad, al igual que los tartesios en fecha anterior, había desarrollado ya independientemente una actividad mercantil importante. Los indígenas en cuestión, posiblemente contestanos como veremos, asimilaron ciertos usos griegos, entre ellos usos epigráficos, que contribuyeron a dar aún más alcance a su

actividad económica, y se convirtieron, quizá más como socios que como competidores de los emporitanos, en los intermediarios fundamentales del comercio occidental, llegando a hacer de su lengua la lengua vehicular del amplio territorio que más arriba hemos delimitado, lo que facilitó considerablemente la asimilación de su cultura por otros pueblos de la zona, y como parte de esa cultura, de su onomástica y su escritura”.

En sustancia, la hipótesis de la “lengua vehicular” de De Hoz consiste en entender el ibérico como la lengua patrimonial de la Contestania (aunque haya posibilidades de que lo fuera también de la Edetania, la Oretania y la Bastetania), que, por motivos comerciales y económicos, se extendió hacia el norte hasta alcanzar la línea del Hérault.

Evidentemente, De Hoz entiende que un excelente apoyo para su hipótesis sería encontrar entre las inscripciones que se consideran generalmente como ibéricas elementos lingüísticos imputables a lenguas distintas de la ibérica:

“Si hemos de hacer una estimación a partir de los datos arqueológicos sería esperable que el desarrollo de la cultura ibérica en su extenso territorio recubriese no sólo pueblos diversos sino también lenguas diferentes. Lo esencial sin embargo, para poder ir más allá de la mera posibilidad o para dotar de sentido concreto a una noción segura pero excesivamente abstracta, sería detectar indicios de la presencia de otras lenguas en el mismo territorio en el que tenemos atestiguada la ibérica”.

En esta línea, pone en juego algunos datos que conviene que analicemos a continuación con cierto detenimiento:

- El último plomo ibérico descubierto en Empúries lleva, escrito en la posición que podría corresponder, bien al emisor, bien al destinatario de la carta, el nombre **katulatién**. De Hoz se decanta por entenderlo como emisor, lo interpreta como la iberización de un nombre galo *Catulatio*, y deduce de ello que el ibero sería efectivamente la lengua empleada por galos en sus transacciones comerciales. A nuestro modo de ver, no obstante, hay algunos obstáculos para esta hipótesis: en primer lugar, no parece seguro que **katulatién** indique el emisor de la carta, sobre todo porque ahora sabemos, a raíz del plomo celtibérico de Iniesta que, cuando sólo se indica un personaje en las cartas parece ser, como en el mundo actual, el destinatario. Pero, además, **katulati** puede interpretarse también como un nombre personal estrictamente ibérico, formado por los elementos **katu**, presente, por ejemplo, en **katu-ekas**, y **lati**, para el que ahora contamos con el precioso apoyo del nombre personal **ulti-lati** en el ponderal de Calafell.

- Por otro lado, De Hoz subraya que en Ullastret los textos de los esgrafiados sobre cerámica no parecen nombres personales ibéricos en más de la mitad de los casos, y pone como ejemplos *altikem*, *kelboio*, *kosi*, *lasbe*, *osato*, *bar̄toin*, *bobof̄ba*, *tibařsar*. En principio, este argumento debe ser revisado ahora a la luz de las nuevas lecturas del signario dual (Ferrer 2006), con lo que algunas de las formas, como

kelboio adquieren un “aire” más ibérico, como **keltaio**.

- Y lo mismo vale para el grupo de inscripciones de Azaila, donde aparecen textos del tipo *antu*, *abaio*, *aboki*, *atikis*, *irsal*, *kutui*, *baiti*, *balte*, *bartar*, *barbor*, *bateba*, *belu*, *bakau*, *tikame*, de interpretación dudosa.

- Finalmente, De Hoz señala algunos casos aislados, como *letaonmi* (Tarragona), *eukin*, *Jrtokoti* (provincia de Barcelona), *Jrabam* (Moleta dels Frares (CS), sobre sigilata hispánica), *ankisa* (El Alcornocal).

Tanto para los textos de Ullastret como para los de Azaila y el resto de los dudosos, nuestra opinión es que hay que disminuir notablemente su valor como rarezas. Por un lado, muchos de ellos presentan buenas posibilidades de interpretación como nombres personales ibéricos; no menos de ellos podrían ser en realidad abreviaturas, como tantas otras de las que tenemos documentadas por decenas en los textos sobre cerámica; y en algunos casos podríamos estar no ante nombres propios sino ante palabras de otras categorías, campo éste en el que nuestros instrumentos de control son más bien pocos. Finalmente, algunos podrían en efecto responder a nombres no ibéricos, pero ese porcentaje sería, según creemos, extraordinariamente poco significativo, desde luego no lo suficiente como para extraer de ello conclusiones de tipo poblacional o lingüístico.

- El caso $\Sigma\epsilon\delta\epsilon\gamma\omega\nu$ y $\text{B}\lambda\epsilon\theta\upsilon\alpha\varsigma$. Con posterioridad a la formulación inicial de su hipótesis, De Hoz creyó encontrar un nuevo apoyo en la onomástica del plomo griego de Pech-Maho. En él, y probablemente como parte de los $\text{E}\mu\pi\omicron\upsilon\tau\epsilon\omega\nu$ mencionados, figuran dos nombres que, según De Hoz, no pueden entenderse como ibéricos y en lo que habría que ver a los emporitanos autóctonos y, en su opinión, de lengua no ibérica. Sin embargo, $\text{B}\lambda\epsilon\theta\upsilon\alpha\varsigma$ se ha demostrado mala lectura por $\text{E}\lambda\epsilon\theta\upsilon\alpha\varsigma$, y esta forma puede interpretarse sin problemas como nombre personal ibérico **elerbas**; y una interpretación semejante admite, a nuestro juicio, **sete-kon**.

En consecuencia, el peso de los presuntos elementos no ibéricos en inscripciones ibéricas aducidos por De Hoz no es todo lo significativo que se necesitaría, según creemos. Por lo demás, la hipótesis, que ha ganado mucho predicamento en los últimos años entre arqueólogos y lingüistas (Almagro-Gorbea, Ruiz, 1992), nos induce a algunas reflexiones como las siguientes:

- En primer lugar, que el ibérico fuera una lengua vehicular no presenta *per se* ningún problema, porque contamos con numerosísimos ejemplos de este tipo de lenguas tanto en el mundo antiguo como en el moderno, como bien subrayó De Hoz. Sin embargo, cuesta cierto trabajo aceptar que una lengua utilizada sólo por una clase social, la de los comerciantes, relativamente poco numerosa y establecida por lo demás en lugares muy concretos, se extendiera tan rápida e intensamente en todo el territorio como para eliminar cualquier rastro de las lenguas anteriores. Como veremos luego, ya en el primer horizonte epigráfico ibérico, que en algunos lugares se sitúa en el final del s. V y comienzos del s. IV, la lengua aparece como coherentemente unitaria sobre

todo tipo de soportes, desde los más o menos públicos hasta los domésticos. Además, los nombres de persona del área catalana son ya en esa misma época absolutamente ibéricos, idénticos en sus elementos y en su formación a los del resto del territorio. Si las actividades comerciales que supuestamente acarrearían el uso vehicular de la lengua se produjeron de la mano de los colonos griegos, como supone De Hoz, la cronología del proceso vendría a restringirse al poco más de un siglo que separaría la extensión de estas actividades del primer horizonte epigráfico, y ese tiempo parece excesivamente breve como para que, en el mundo antiguo, se produzca un fenómeno de aculturación tan drástica sin que se produzcan movimientos poblacionales.

- En segundo lugar, si, como De Hoz propone, el lugar de origen de estos comerciantes fuese la Contestania, cabría tal vez esperar que su extraordinaria influencia desde el punto de vista de la lengua se hubiera visto también acompañada de una presencia notable de elementos de cultura material contestana en los territorios catalanes. Hasta donde yo conozco, tal expansión no está documentada arqueológicamente. Por lo demás, y aunque no sea éste un argumento en absoluto concluyente, la Contestania tiene un nombre aparentemente no muy ibérico como para constituir el núcleo originario de los pueblos ibéricos.

- Un apoyo, si no nuclear, sí cuando menos colateral importante para la tesis de De Hoz lo constituye la doctrina comúnmente aceptada sobre la historia y la expansión de los signarios paleohispánicos. Muy resumidamente, es opinión generalizada que el primer signario paleohispánico nació en Andalucía meridional en torno al s. VII a.C. para escribir una lengua que desconocemos pero que tal vez fuera la tartésica. Después, ese signario fue tomado en préstamo, primero, por gentes del Algarve portugués para escribir la lengua que suele llamarse bástulo-turdetana o del Suroeste y, después, adaptada por gentes de habla ibérica en la zona de la Contestania, la Bastetania y la Oretania. De este último sistema, que se conoce como signario ibérico suroriental, se generaría después el signario ibérico levantino o nororiental, que, consecuentemente, experimentaría una expansión de sur a norte. Este esquema, que yo mismo he aceptado en trabajos muy recientes (Velaza 2004), hablaría pues a favor de un nacimiento del sistema gráfico en el solar histórico de los contestanos, y con ellos o, más bien, con sus comerciantes, se desplazaría hacia el norte. Sin embargo, como veremos después, hay razones ahora para reconsiderar las líneas generales del esquema, de manera que conviene dejar este argumento en suspenso.

En síntesis, creemos que la hipótesis de De Hoz de que el ibérico fuese más allá de la Contestania sólo una lengua vehicular topa con problemas de no poco calado que nos obligan, de momento, a buscar alternativas de explicación.

Volvamos al lado de los arqueólogos. En una contribución de 1992, José Luis Maya y Josep Barberà escribían lo siguiente (Maya, Barberà, 1992, 176):

“Es chocante que, existiendo unos lazos de continuidad evidentes en los aspectos de cultura material antes referidos, se produzca la paradoja lingüística del uso por parte de los iberos de un lenguaje ajeno al propiamente indoeuropeo

que, sin embargo, arraigó en el cercano ámbito celtibérico. Este hecho puede tener dos interpretaciones alternativas. O bien los grupos migratorios de Campos de Urnas fueron tan restringidos que no llegaron a imponer su propia lengua a las gentes del substrato, o bien la transformación cultural ibérica borró en gran parte los rasgos lingüísticos indoeuropeos hipotéticamente asumidos por los autóctonos, persistiendo en cualquiera de ambos casos un registro lingüístico muy limitado, en especial determinados topónimos”.

He aquí, pues, dos nuevas hipótesis para intentar explicar el aparente desajuste. La primera entendería la lengua ibérica como vernácula, aunque no se hace explícito si lo sería sólo de Cataluña, a la que el trabajo está dedicado, o también de territorios más meridionales. Sobre ese sustrato se extendería el superestrato lingüístico de los grupos de Campos de Urnas, pero su fuerza sería escasa y sólo se traduciría en restos lingüísticos muy limitados. A decir verdad, disponemos de pocos datos objetivos para controlar una hipótesis de este tipo, pero podría señalarse uno que podría jugar en su contra, a saber, que no se comprende bien, por ejemplo, que los grupos de Campos de Urnas no tuvieran la fuerza suficiente para imponerse lingüísticamente en esta región pero sí en otras de la Península, si, como parece comúnmente aceptado, su lengua era europea.

La segunda hipótesis, por el contrario, presupondría una implantación lingüística notable o incluso absoluta de la lengua propia de los Campos de Urnas, sobre la que después se sobrepondría la lengua ibérica como lengua característica del proceso de iberización. A nuestro modo de ver, esta segunda ofrece todavía una debilidad mayor: si el proceso de iberización se entiende como una transformación de gentes y comunidades con una evolución previa y por efecto del impacto colonizador, la lengua que le acaba siendo propia debía de hablarse previamente o bien en algún sitio de ese amplio territorio o bien en todo él. Y a ese interrogante la segunda hipótesis de Maya y Barberà no parece ofrecer respuesta.

No podríamos cerrar este estado de la cuestión sin hacer referencia a una hipótesis reciente que ha sido postulada por Francisco Villar. Villar se ha basado en el material toponímico e hidronímico antiguo de la Península Ibérica (Villar 2000) y, tras realizar un estudio etimológico de tal repertorio, ha elaborado un mapa de los elementos que, en su opinión, pertenecen a un estrato lingüístico “paleoeuropeo”. En concreto, para la región nororiental señala lo siguiente:

“Al menos dieciséis de los etnónimos nordorientales (*Ausci, Ausetani, Bargusii, Caristii, Ceretani, Ausoceretes, Castellani, Chalubes, Lacetani, Varduli, Aussetani, Ilergetes, Ilercaevones, Indicetes / Indicetani, Sordi / Surdaonenses y Volciani*) son indoeuropeos en su integridad, o tienen etimología indoeuropea, o han sido afectados de un proceso de indoeuropeización prerromana. Es posible que entre los restantes, no estudiados aquí, haya varios más. Pero aunque sólo sean estos dieciséis (de entre veintitrés) es una proporción significativamente alta y supone la presencia de importantes contingentes indoeuropeos en Cataluña y el Alto Aragón en época prerromana”

Y, en otro lugar:

“Antes de la llegada de los romanos podemos detectar en la zona noreste los siguientes estratos:

- Eusquera o eusqueriforme
- Indoeuropeo de índole meridional-ibero-pirenaica
- Celtibérico (dentro de los límites conocidos)
- Ibérico, que constituye claramente un superestrato tardío, que con seguridad no había logrado erradicar el estrato indoeuropeo”.

Según Villar, el cartografiado de estos topónimos le permite determinar un grupo lingüístico meridional-ibero-pirenaico que constituiría la capa lingüística más antigua identificable en la Península. No es este el lugar de entrar en cuestiones de metodología de la toponomástica. En cualquier caso, nos interesa señalar concretamente que la hipótesis de Villar implica que el ibérico sea un superestrato tardío.

A favor de la tesis paleoeuropea se ha pronunciado también en fecha reciente Xaverio Ballester (Ballester 2001a). En su caso, además, la postura viene marcada por su aceptación de los postulados de Mario Alinei a favor de una indoeuropeización de fecha paleolítica. En sus propias palabras:

“La presencia indoeuropea en el territorio histórico de los iberos en la Península Ibérica debió de ser antiquísima, ya que también ese territorio presenta material del denominado antiguo europeo o paleoeuropeo, es decir, de ese registro lingüístico documentado sobre todo por una hidronimia, mayormente potamonimia, que se da de modo abundante para prácticamente la totalidad de Europa, siendo en la mayoría de esos territorios la única hidronimia antigua que ha podido encontrarse, y que hay que definir indudablemente como indoeuropea. La existencia de esa hidronimia es prácticamente general para toda la Península Ibérica y representaría, en nuestra opinión, su registro lingüístico más antiguo y en su conjunto datable en época probablemente paleolítica”.

Por lo que respecta al origen geográfico-genético de la lengua ibérica, la posición de Ballester se resume en los siguientes párrafos:

“También en este sentido es bien congruente la existencia de un grupo lingüístico pirenaico, como producto de la coexistencia milenaria de grupos humanos en esa zona, donde, dadas las condiciones geográficas, muy probablemente nunca llegó a darse una situación de uniformismo lingüístico. Las hablas situadas en los extremos y, por tanto, sin contacto, habrían tendido de modo natural a diversificarse (...) Desde las hablas orientales y de sus extensiones, sobre todo meridionales, se desarrollarían básicamente las hablas ibéricas, a las que especiales condiciones de unificación política, cultural o económica propiciarían una esperable *coinización*, confiriéndoles una cierta uniformidad y una escritura unificatriz en época romana” (Ballester 2001b, 30).

También en fechas muy recientes, Jesús Rodríguez Ramos ha dedicado un trabajo a la cuestión (Rodríguez Ra-

mos 2003). El autor cree en el parentesco entre las lenguas ibérica, aquitana y vasca y lo explica proponiendo que las tres deriven de la cultura de los Campos de Urnas. Para las zonas de lengua ibérica en la que no parecen detectarse indicios consistentes de la presencia de esta cultura, como es el caso de la cuenca del Segura, habría que pensar a su juicio en una “expansión demográfica final”.

3. Las evidencias

Valoremos ahora algunas de las evidencias que tenemos en nuestra mano para aproximarnos a la cuestión. Pero antes que nada, conviene que dejemos sentados algunos principios metodológicos que entiendo elementales.

1. En primer lugar, voy a hacer uso exclusivamente de los datos procedentes de las inscripciones, en especial las ibéricas y subsidiariamente las griegas contemporáneas, porque ellas constituyen, aun con toda su carga de incertidumbre, nuestra fuente de conocimiento más fiable. En este sentido, el horizonte cronológico que podemos aspirar a definir no es otro que el que viene marcado por las más antiguas inscripciones de la zona, esto es, el segundo tercio del s. V y, muy en especial, sus últimos años y los inicios del siglo siguiente. Intentar esclarecer las situaciones y los fenómenos lingüísticos que se produjeron varios o incluso muchos siglos antes de la aparición de los primeros textos, aunque no deje de ser legítimo, constituye un objetivo que, las más de las veces, se escapa de lo que está en nuestra mano.

2. En segundo lugar, pero en estrecha vinculación con lo dicho, prescindiremos aquí de la información que nos proporcionan los topónimos. Por supuesto, el material toponímico es interesante y puede arrojar alguna luz en cuestiones de historia lingüística. Sin embargo, presenta dos problemas fundamentales: en primer lugar, para establecer a qué lengua pertenece un topónimo, es preciso definir su etimología, y eso no resulta nada sencillo cuando nos movemos entre lenguas muy mal conocidas o desconocidas de todo punto. En segundo lugar, y lo que es más importante todavía en la cuestión que nos ocupa, un topónimo no tiene, salvo en casos muy concretos, datación. Por decirlo en términos más sencillos, aunque lográramos determinar que un nombre de lugar es, efectivamente, anterior a los textos epigráficos, nos resultaría imposible decidir con criterios estrictamente lingüísticos si data de dos o de veinte siglos antes, lo que lo haría inaprovechable para nuestros propósitos.

3. En último término, aunque la lengua ibérica sigue siendo una lengua indescifrada y esta circunstancia acarrea sin duda graves problemas de interpretación de los datos epigráficos y lingüísticos, no es menos cierto que empezamos a conocer con alguna certidumbre algunos aspectos de su estructura gramatical y que contamos con un *corpus* lo suficientemente amplio como para que los datos aislados, debidamente contextualizados, puedan ser calibrados en su justo peso.

Establecidas estas tres premisas, podemos proceder a revisar algunos de los datos que delimitan el primer horizon-

te epigráfico del mundo ibérico con el fin de subrayar qué nos aportan en relación con la cuestión que nos ocupa.

a) La más antigua inscripción que podemos poner en juego es el plomo griego de Pech Maho (Lejeune, Pouilloux, Solier, 1990), un documento comercial que admite ser datado en el segundo tercio del siglo V a.C. En él se habla de la compra, por parte de alguien cuyo nombre se ha perdido en la parte mutilada del plomo, de unas embarcaciones a los Emporitanos. Más adelante se mencionan los nombres de unos personajes que actúan se testigos en la transacción, y que se llaman Basigerros, Elerbas, Golobiur, Segedon, Nabarbas y Nalbeadin. Los seis nombres admiten una perfecta interpretación como antropónimos ibéricos. Lo que desconocemos es si los seis han de ser entendidos como personas incluidas en el grupo de los Emporitanos o si, por el contrario, se trata de personas del entorno de Pech Maho, el lugar en el que se encontró el documento. A nuestro fin, tanto da. Sea como sea, que en el segundo tercio del siglo V los seis nombres sean plenamente ibéricos parece indicar que ya en esa época la lengua ibérica tenía una presencia en la zona tan intensa como para haber permeado al propio sistema onomástico.

b) Pero los documentos epigráficos ibéricos más antiguos datan de unas décadas más tarde. Para ser exactos, el que pasa por ser el texto ibérico más temprano es un esgrafiado sobre un *kylix* ático de Ullastret para el que algunas veces se defiende una datación del s. V, aunque en otras se rebaja a principios del IV. Mutilado como está su texto, poco podemos decir con certeza de él, pero su final en –taf permite pensar en un nombre personal, lo que conviene perfectamente a lo que se espera de la inscripción y a su contexto (MLH III C.2.30). El resto del material procedente de Ullastret, como ya hemos apuntado antes, admite en términos generales una interpretación coherente dentro de lo ibérico. Buena parte de los más de cuarenta esgrafiados sobre cerámica ática admiten ser interpretados como nombres de persona netamente ibéricos y los casos de inscripciones de interpretación dudosa no son porcentualmente más numerosos que en otros *corpora* locales de volumen similar. Dicho de otro modo, no hay en Ullastret un porcentaje de rarezas superior al que aparece en otros yacimientos, y en caso alguno significativo si atendemos a los numerosos aspectos todavía desconocidos de la lengua ibérica. Por otro lado, las inscripciones sobre plomo presentan palabras, sufijos y estructuras que encuentran correlato perfecto en otras inscripciones del territorio ibérico, y no presentan particularidad alguna reseñable. El ya mencionado rhyton, a pesar de lo excepcional del soporte escriturario, es totalmente corriente en lo que respecta a su texto. Por lo demás, hay fundadas sospechas de que ésta no fuera una pieza autóctona sino de importación. Por fin, la recién publicada inscripción sobre piedra, aparecida según parece en un contexto de reutilización del s. IV o III a.C., a pesar de su mutilación y los daños sufridos en su hallazgo, permite leer secuencias onomásticas indiscutiblemente ibéricas (Untermann 2002, 247-249).

c) El panorama es prácticamente idéntico si pasamos a analizar el *corpus* epigráfico del sur de Francia, en especial el de Ensérune. Las cerámicas áticas que representan el soporte epigráfico más antiguo muestran esgrafiados con

nombres propios ibéricos y galos iberizados, pero los morfemas y sufijos que se identifican en esos textos son, por decirlo así, estrictamente ibéricos y muestran una lengua que en nada se diferencia de la de las inscripciones coetáneas o algo posteriores de toda el área ibérica.

d) Y el resultado es exactamente el mismo cuando se analizan las manifestaciones epigráficas del s. IV en otras regiones ibéricas. Cierto es que, para este particular, topamos con un obstáculo especial, y este es el de la falta de datación segura para muchos epígrafes, especialmente los de soporte plomo. Pero sabemos, por ejemplo, que los plomos greco-ibéricos del Cigarralero y de Alcoy datan de la segunda mitad del s. IV a.C. y que el plomo en signario suroriental de Mogente admite sin problemas una datación en el s. IV a.C. Y lo cierto es que todos los ejemplares en cuestión muestran una misma lengua, por más que entre ellos pudiera haber alguna diferencia dialectal que nosotros hoy por hoy no estamos todavía en condiciones de detectar.

e) Por otra parte, conviene subrayar que la homogeneidad lingüística que muestran los mencionados ejemplares del s. IV no varía en absoluto con el tipo de soporte que consideremos. Y creemos que este es un detalle muy digno de destacarse, porque apunta al hecho de que la lengua ibérica no es ya en esta época sólo la de una parte, más o menos reducida de la comunidad, esto es, de una clase de comerciantes que la utilizaran como instrumento de trabajo. En este sentido, no sólo contamos con plomos, que podrían interpretarse como documentos comerciales producto de ese mundo colonial, sino que tenemos también una amplia extensión de la escritura y la lengua en ese ámbito más privado que es el del *instrumentum domesticum*, al que hay que añadir usos menos extendidos, pero también significativos como pueden ser los representados por las inscripciones sobre soporte pétreo de Ullastret o por el *ostrakon* de Pontós.

f) En fin, como ya se ha apuntado antes, indicios importantes se derivan de uno de los terrenos de la lengua ibérica en el que nuestro conocimiento es menos deficiente, a saber, el de los nombres personales. Pues bien, en este sentido se constata también una extraordinaria homogeneidad geográfica y cronológica que no parece derivarse de un uso socialmente marginal o parcial de la lengua ibérica, sino más bien de una infiltración absoluta en todos los niveles sociales. Por poner sólo un ejemplo significativo, los nombres de los personajes iberos mencionados en el plomo griego de Pech Maho no se diferencian ni en procedimiento de formación ni en elementos constitutivos de sus contemporáneos de la Edetania o la Contestania, ni tampoco de los de épocas posteriores. Así, el antropónimo Ελεουας comparece exactamente igual en una cerámica de Elna datable en el s. IV: pero sus elementos **eler** y **-bas** están presentes también, respectivamente, en un nombre lamentablemente mutilado **elerte**[de un plomo de Los Villares datable en torno al s. III y el segundo, mucho más frecuente, en una variedad de soportes de dataciones diversas, algunas del s. I a.C. como el propio bronce de Áscoli.

g) Hemos de volver ahora sobre una cuestión que hemos dejado antes apuntada. Se trata de la historia y evolución de los signarios ibéricos que, aunque en rigor

haya de considerarse aspecto independiente del que aquí nos ocupa, tiene con él una vinculación estrecha. Como ya hemos dicho, hasta hace muy poco pensábamos que el signario que llamamos ibérico en su variedad levantina o nororiental era una adaptación de la variedad suroriental generada en territorio de la Contestania y luego extendida hacia el norte. También sabemos, no obstante, que dentro de la variedad nororiental y en una región concreta que engloba aproximadamente parte del Languedoc occidental y Cataluña el signario presenta un subsistema especial, caracterizado por la voluntad de marcar la oposición entre sonoras y sordas en las series oclusivas o, al menos, en alguna parte de esas series. Hasta ahora este subsistema se explicaba como una innovación producida por una escuela escriptoria más o menos concreta. Sin embargo, es posible que tal hipótesis esté comenzando a dar muestras de debilidad. Por un lado, la evidencia cronológica nos dice que el subsistema con oposición, también llamado “dual”, está plenamente desarrollado en las más antiguas inscripciones la zona mencionada –y de hecho, la inscripción tenida por más antigua de la que antes hemos hablado lo muestra ya–; en contraste, el sistema simple parece cronológicamente posterior, de forma que tal “décage” cronológico no resulta muy compatible con la hipótesis genética propuesta. Por lo demás, algunos textos levantinos datables en torno al s. III y II a.C. parecen mostrar restos paleográficos del subsistema complejo, lo que invitaría a interpretarlos como restos fosilizados una vez que el subsistema ha caído ya en desuso. Si esto fuera así, quizás convenga pensar mejor en una génesis del signario en territorio catalán, tal vez emporitano *lato sensu*, y una expansión posterior hacia el sur¹. Tal vez cabe recordar ahora que el propio De Hoz había señalado que este era el candidato históricamente idóneo, pero había desechado la idea al pensar que el ibérico no sería lengua vernácula en Cataluña.

“También insoluble por ahora es el problema del lugar de origen de la escritura levantina, aunque en este caso contamos con indicios más atendibles. Un primer candidato que por razones históricas podría resultar tentador, el territorio periférico de Ampurias, debe ser desechado desde un principio ya que como hemos visto no hay motivos para pensar que en él se hablase ibérico como lengua vernácula”.

Este obstáculo, naturalmente, desaparece si no damos por buena su hipótesis de que el ibérico fuera lengua adventicia en Ampurias, con lo que parece que habrá que contemplar con gran atención este supuesto.

4. Hacia una nueva hipótesis

Después de analizar las diferentes hipótesis que hasta ahora se han puesto en juego y tras poner sobre el tapete de forma sumaria los datos objetivos que tenemos

a nuestra disposición, creemos que vale la pena plantear una hipótesis nueva que conjugue de manera coherente las evidencias para explicar la realidad lingüística del mundo ibérico en el momento en el que se produce su entrada en el hábito epigráfico. En síntesis, nuestra opinión sería la siguiente:

1. El aspecto de la lengua ibérica entre finales del s. V y la primera mitad del s. IV a.C., esto es, en el momento de aparición de los primeros textos es extraordinariamente homogéneo en todo el territorio de su documentación epigráfica, esto es, desde el Languedoc a Almería. Esta homogeneidad se verifica en textos sobre soporte diferente, desde aquellos a los que se puede suponer una función mercantil hasta los que se inscriben en un ámbito privado. Y esa misma homogeneidad preside el repertorio de los nombres de persona. Ahora bien, esta homogeneidad no parece compatible con una presencia muy antigua de la lengua en tan amplio territorio, porque de ser el ibérico una lengua pre-campos de urnas en todo ese ámbito, se esperaría una mayor dialectalización de la que es perceptible.

2. De todos modos, esa homogeneidad tampoco se explicaría por una expansión de la lengua como vehicular, es decir, por su uso por parte de una minoría de personas dedicadas a un comercio especializado. Este tipo de lenguas no suele trascender al ámbito al que se aplican y, cuando lo hacen, tardan muchísimo tiempo en calar en ámbitos privados y personales como son las inscripciones domésticas y los nombres propios.

3. En consecuencia, creo que podemos contar con que la lengua ibérica, efectivamente, se haya extendido desde un territorio original y vernáculo hacia territorios distintos. Pero esa extensión, a nuestro modo de ver, ha debido producirse por efecto de movimientos de población más o menos amplios que se habrían verificado en un tiempo no muy anterior al de nuestros textos más antiguos. Sólo así se justificaría, a nuestro juicio, la imagen tan homogénea que el ibérico presenta en su primer horizonte epigráfico.

4. Ahora quedaría por responder, por un lado, la cuestión del solar vernáculo de la lengua o, dicho de otro modo, del territorio del pueblo que experimentó unas mutaciones sociales que le condujeron a emigrar en parte y, por otro, la cuestión de cuándo se produjo ese movimiento de poblaciones. La hipótesis defendida por Rodríguez Ramos en el sentido de que la llegada de la lengua ibérica sería producto de la expansión de los campos de urnas no carece de fundamento, aunque presenta, a nuestro juicio, un obstáculo: si el ibérico estaba ya instalado en la mayor parte de su geografía lingüística hacia los siglos XI o X a.C., parecería previsible una mayor dialectalización que la detectada en el primer horizonte epigráfico, siete siglos después. Eso no implica, por supuesto, que no haya hipótesis alternativas, como que la lengua se haya desplazado de norte a sur en un momento más reciente, tal vez hacia el s. VI a.C., merced al movimiento de población de unas gentes previamente instaladas en la Cataluña norte en una época más antigua. En esta larga partida de ping-pong, como la describía Tarradell, la pelota vuelve a estar en el lado de los arqueólogos.

¹ Véase en el mismo sentido Ferrer, 2006, 969.

Bibliografía

- ALMAGRO-GORBEA, M., RUIZ, G.:
1992. "Paleoetnología de la Península Ibérica. Reflexiones y perspectivas de futuro", en M. Almagro-Gorbea – G. Ruiz Zapatero (edd.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, 166-184.
- BALLESTER, X.:
2001a. "El substrato de la lengua ibérica en la Península Ibérica", *Congrés Internacional de Toponímia i Onomàstica Catalanes*, Valencia, 459-487.
2001b. "La *adfinitas* de las lenguas aquitana e ibérica", *Palaeohispanica* 1, 21-33.
- DE HOZ, J.:
1993. "La lengua y la escritura ibéricas y las lenguas de los iberos", en J. Untermann, F. Villar (edd.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, 635-666.
1999. "Los negocios del señor Heronoiyos. Un documento mercantil, jonio clásico temprano, del Sur de Francia", en: J. A. López Férrez (ed.), *Desde los poemas homéricos hasta la prosa griega del siglo IV d.C.*, Madrid, 61-90.
- FERRER, J.:
2006. "Novetats sobre el sistema dual de diferenciació gràfica de les oclusives", *Acta Palaeohispanica IX*, Zaragoza, 957-982.
- LEJEUNE, M., POUILLOUX, J., SOLIER, Y.:
1990. "Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)", *RAN* 21, 19-59.
- MAYA, J. L., BARBERÁ, J.:
1992. "Etnogénesis y etnias prerromanas en Cataluña", en M. Almagro-Gorbea – G. Ruiz Zapatero (edd.), *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum* 2-3, 166-184.
- PERICAY, P., MALUQUER, J.:
1963. "Problemas de la lengua indígena en Cataluña", *II Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona, 101-143.
- RODRÍGUEZ RAMOS, J.:
2003. "La cultura ibérica desde la perspectiva de la epigrafía. Un ensayo de síntesis", *Iberia*3, 17-38.
- UNTERMANN, J.:
1961. *Sprachräume und Sprachbewegungen im vorrömischen Hispanien*, Wiesbaden.
2002. "Apèndix. Anàlisi y interpretació de la inscripció ibérica sobre pedra aparecida en la zona 18 del Puig de Sant Andreu (Ullastret)", en CASAS, S., CODINA, F., MARGALL, J., DE PRADO, G. "Noves aportacions al coneixement de l'ampliació nord del oppidum del Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà). Estudi d'una inscripció sobre pedra trobada en aquesta zona", *Cypsela* 14, 237-250.
- VELAZA, J.:
2004. "La escritura en la Península Ibérica antigua", en J. Bartolomé – M^a. C. González – M. Quijada, *La escritura y el libro en la Antigüedad*, Madrid, 95-114.
- VILLAR, F.:
2000. *Indoeuropeos y no indoeuropeos en la Hispania prerromana*, Salamanca.